

Editorial

El Hospital Privado cumple este año su 26º Aniversario. Surgió como una necesidad comunitaria en una época difícil, y fue llevada adelante por un grupo de profesionales que, con visión de futuro, establecieron los objetivos de asistencia médica de la mejor calidad de acuerdo a los conocimientos que se fueran adquiriendo, docencia e investigación.

En mayor o menor grado, dichos objetivos han ido cumpliéndose, con las dificultades lógicas; y hoy el Hospital Privado encara una nueva etapa de su existencia, con proyectos de organización médica que permitan perfeccionar sus logros.

Se transcribe a continuación el discurso del Dr. Emilio Palazzo, Presidente del Honorable Directorio, leído en ocasión de conmemorarse el 25º Aniversario de la inauguración del Hospital.

El Hospital Privado festeja hoy 25 años desde aquel 30 de Setiembre de 1957, cuando abrió sus puertas a la comunidad del país y cordobesa en especial. Lo hacía con un edificio nuevo, diseñado expresamente y tan lejos de la ciudad de entonces que ese solo hecho alimentaba el escepticismo de algunos, respecto al éxito de esta utópica empresa.

La historia del Hospital se remonta en realidad a 1947, cuando un pequeño núcleo constituido por los Dres. Amuchástegui, Brusco, Caeiro, Chattás, Degoy, Núñez, Remorino, Stieffel y Villafañe, reuniéndose sobre todo en los domicilios de los Dres. Stieffel, Brusco y Chattás catalizan las inquietudes de un heterogéneo grupo de médicos, bioquímicos y odontólogos, prestigiosos en sus campos de acción, con ascendiente en la medicina de la época pero aglutinados por una común insatisfacción con la práctica individual de la medicina y de las perspectivas que ofrecía para su desarrollo futuro. La insatisfacción común de todos ellos, el conocimiento teórico, y vivido por algunos, de formas más evolucionadas de organización en especial de los países anglosajones y una circunstancia socio-política que los aleja de la cátedra y hospital, deter-

minan su asociación para lograr el objetivo "Hospital Privado".

En mayo de 1948, se efectúa la Asamblea Constitutiva con la presencia de 89 profesionales presidida por el Dr. Severo Amuchástegui. Resulta de extraordinario interés releer el acta constitutiva, en donde se anuncian los propósitos fundamentales y fundacionales:

a) Investigación, b) Docencia, c) Asistencia Médica de acuerdo a progresos técnicos. Estos principios fundamentales están inmersos en una declaración rica en otros objetivos secundarios y señalando cierta metodología que marcarán, junto a los tres objetivos fijados, la política, la personalidad de nuestro hospital: impulsar la formación de hombres e instituciones, despertar vocaciones, desarrollar la personalidad médica, obtener resultados provechosos para la sociedad, lo cual se logrará trabajando científicamente y dentro de una estricta ética. Esta iluminada declaración constituye nuestro preámbulo, el norte hacia donde nos dirigimos, el camino del cual nos es imposible alejarnos. La historia del Hospital desde entonces es una sucesión de pasos, a veces pequeños, a veces grandes, en ese sentido.

Entre el año 48 y 57, se lleva a cabo la obra titánica, casi imposible con nuestra óptica de hoy, de construir el hospital y ponerlo en condiciones de funcionamiento, el 30 de Setiembre de 1957.

La historia escrita de esos 10 años, resumida en las memorias de la sociedad, sólo da una idea fragmentada, minúscula, de las dificultades encontradas y del esfuerzo que habrá significado vencerlas. Podemos rescatar de ellas sin embargo, algunos elementos esenciales.

Concretar el sueño de 1948, exigía mucho dinero que escapaba, obviamente, a las posibilidades personales de los fundadores. Los recursos necesarios se nutren entonces primero de los profesionales que integran la sociedad, para quienes el sacrificio es enorme. Las otras fuentes provienen de la comunidad y deben ser señaladas porque expresan un hecho fundamental: los 89 signatarios de 1948, sintieron la necesidad de levantar este hospital, pero lo que es más importante, la comunidad veía como una necesidad imperiosa que la idea se concretara, para bene-

ficio de ella misma. Este apoyo se canalizará entonces por créditos bancarios y comerciales y fundamentalmente por el aporte desinteresado de más de 1.500 accionistas, no profesionales.

Este aspecto, netamente material, es complementado por un gran número de asesores y personas prominentes del medio que aportan su consejo y experiencia para cristalizar la obra, no lo olvidemos, en tiempos particularmente adversos.

Las primeras experiencias de relación hospital-comunidad, son valiosas, la historia las repite a lo largo de los años permanentemente. Quienes constituimos el hospital de hoy, la mayoría de los cuales no vivimos personalmente aquellas experiencias, debemos dar importancia a esta interrelación comunidad-hospital, presente desde los albores: apoyo del medio que lo necesita y valora, a veces más que nosotros mismos y el hospital que se debe a esa comunidad y a la que se obliga a volcar sus mejores esfuerzos.

El 30 de setiembre de 1957 se abren las puertas del hospital y se inicia el camino arduo que aún transitamos de concretar los principios fundacionales. El Hospital decide constituirse como entidad cerrada es decir, que sólo trabajan en ella sus miembros, los que a su vez son obligados a desarrollar en él toda su actividad. Esta estructura aceptada voluntariamente, es la única que se consideró permitiría formar una Institución, es decir, un grupo de individuos unidos por un propósito determinado o bien común, con una organización y ética prefijada para concretarlo.

Los primeros tiempos de la vida hospitalaria se caracterizan por el apoyo diario, importante, de un numeroso grupo de personas, la mayoría familiares de profesionales que contribuyen a hacerlo operativo. El aporte de instrumentos de trabajo, confección de ropa y uniformes por las mujeres, desarrollo de distintas tareas del quehacer diario por los familiares, caracterizan esta etapa en una sociedad que se supone anónima. El anonimato se pondrá luego en evidencia al crecer el hospital, despersonalizándose y con la incorporación de miembros que no vivieron la experiencia original.

Sin embargo esas actitudes solidarias reaparecen en momentos de crisis, enfatizando la naturaleza distinta sentida como propia de esta particular empresa. No voy a efectuar aquí un balance detallado del camino recorrido en pos de los objetivos fundacionales, pero debo mencionar algunos hechos. Los

logros en materia de investigación son modestos; el hospital mantiene desde su inicio estrechas relaciones con el Instituto de Investigación Médica Mercedes y Martín Ferreyra al que apoya, y con el que existe identificación de hombres y objetivos. Se realizan en el hospital algunas experiencias valiosas de investigación clínica, esporádicas, con gran sacrificio, fruto de esfuerzos individuales más que de una política institucional. Pero el espíritu de acercarnos a ese objetivo de la primera hora, que consideramos indisoluble de la asistencia médica y docencia de óptimo nivel persiste, y es nuestra responsabilidad crear las condiciones de organización para hacer de la investigación un objetivo realizable, que se incorpore a lo prioritario, con planes, plazos, hombres y financiación para lograrlo.

Más satisfacción debemos sentir por lo obtenido en Docencia: residentes, servicios aptos para entrenar especialistas, becarios extranjeros, enseñanza de enfermería a nivel auxiliares, reputadas sesiones anatomo-clínicas con material propio, infinidad de ateneos, seminarios y cursos. Todos estos elementos testimonian el esfuerzo material y de organización realizado y que el hospital incorporó desde su comienzo la Docencia a la lista de prioridades. No se concretó el sueño a veces acariciado de transformarse en escuela de Medicina, sin embargo nadie discute que constituye una escuela médica, que sus valores técnicos y éticos han sido transmitidos, y seguirán siéndolo, a generaciones de educandos.

El aspecto vinculado a la asistencia médica es seguramente el que mayor realización alcanzó. El hospital fue definido desde su inauguración como asistencial y lógicamente la labor médica recibió y sigue recibiendo el apoyo principal. Se organizaron equipos, favoreciendo, exigiendo la práctica multidisciplinaria, la relación fluida, permanente, entre sus miembros que compartían un mismo lugar de trabajo en donde debían desarrollar, de acuerdo al espíritu fundacional, toda su actividad. El hospital se constituye así, gracias a la calidad de sus integrantes originales y a la organización instituida, con un sentido de medicina multidisciplinaria revolucionaria para la época, en un centro de avanzada en el país, y punto de referencia para la medicina de alta complejidad. Un aspecto fundamental de la asistencia médica, lo constituye el Plan de Salud para la Comunidad, sistema pre-pago que se inicia en 1962 y que permite el acceso de

gran número de asalariados a la medicina de alto nivel. Esta magnífica experiencia que debió en sus momentos enfrentar incompreensiones del medio e incluso de nuestros profesionales, es valorada por la comunidad que la alimenta y apoya; sus afiliados optando libremente por este sistema, lo hacen por una medicina institucional.

Desde el punto de vista del hospital la experiencia Plan de Salud tiene un valor enorme. El Plan es organizado con la Fundación para el Progreso de la Medicina, creada en 1961 a instancias del Directorio, para contribuir a alcanzar los objetivos Docencia e Investigación.

Estoy convencido que esta experiencia de 20 años presenta múltiples potencialidades no aprovechadas. Su característica institucional nos permite una organización independiente, racional, en donde sin perder el nivel de excelencia que siempre se brindó, aprovechamos adecuadamente los recursos y los esfuerzos sin condicionamientos impuestos por terceros.

Esto adquiere especial importancia en momentos en que en el mundo y sobre todo en nuestro país, la medicina está en crisis, particularmente en lo que respecta a la posibilidad de seguir afrontando con recursos limitados el costo del progreso técnico, casi ilimitado y descontrolado. Imaginemos las posibilidades que brinda, con esta población cerrada, seguir longitudinalmente al paciente durante años, con una historia clínica única, las historias clínicas de su familia, la posibilidad de hacer educación sanitaria, programas de prevención de enfermedades, estudios de poblaciones en riesgo para distintas patologías, favoreciendo el diagnóstico precoz.

La medicina de alto nivel, objetivo permanente, es inaccesible, un desafío constante; nuestra insatisfacción al respecto debe ser el acicate del progreso institucional. Quienes componemos el hospital de hoy, tenemos la obligación de aguzar la imaginación y redoblar esfuerzos a fin de acercarnos a los objetivos fundacionales, a pesar de la difícil situación circundante y sin alejarnos de los principios de 1948.

El camino que se ofrece delante no es fácil, como nunca lo fue. Enfrentaremos circunstancias externas que no controlamos y que sacudirán el hospital. Hacia dentro la tarea más ardua quizás sea la armonización entre individuos e institución. Como ya señalé, los tres principios fundacionales deben realizarse en el marco de otros principios enunciados: formar hombres y desarrollar

la personalidad médica, es decir en el respeto de los individuos. El cumplimiento simultáneo de ambos objetivos, se torna a veces tarea digna de Hércules. Los hombres afines a la medicina somos exigentes respecto a nuestra realización personal, difíciles de atar a organizaciones, dispuestos a diásporas que nos obligan a abandonar familia, hospital, país, en aras de nuestros objetivos personales.

Así debe concretarse ese delicado equilibrio entre combatir el individualismo peyorativo, malsano para el esfuerzo común, y el respeto aprovechando a fondo las individualidades y cualidades personales que enriquecen el conjunto. Esta aparente contradicción se verá conciliada en la medida que el hospital eficiente, eficaz, organizado, brinde el ambiente propicio y llene las necesidades de todos, razón de ser de las instituciones; y en la medida que comprendamos sus componentes, profundamente identificados con sus principios y normas, que sólo en comunidad lograremos nuestro desarrollo pleno.

Ello nos obliga a una permanente discusión de las características de la organización, para adecuarla a los tiempos en función de ese bienestar de sus miembros que debe lograr. Especial cuidado deben tener los directivos en no considerar a la organización como mero mecanismo que debe ser mantenido en marcha a toda costa.

El éxito logrado por aquellas ideas lanzadas por los visionarios de 1947, se debe a múltiples factores: el esfuerzo gigantesco de 35 años de profesionales, administrativos y personal del hospital; de la respuesta positiva de la comunidad, sin la cual el esfuerzo no hubiera tenido sentido y de la coherencia lograda entre los valores enunciados y la práctica diaria de la labor médica, quizás, simplemente, porque el hospital no se conformó con sobrevivir sino que tuvo y tiene poderosas razones para vivir.